

Pero ella, firme como una roca, había determinado de morir antes que faltar á ella, y perderlo todo y perecer de hambre por no perder á Dios ni la vestidura hermosa de la gracia. Estando, pues, rodeada de aficciones y olas de varios pensamientos, una noche, cuando la soledad y tinieblas afligen más al alma, arrojándose, cansada de llorar todo el día, sobre su camilla y no pudiendo dormir, vencida de dolor y levantando los ojos miró hacia el cielo donde tenía puesta toda su esperanza, y habiendo oído aquella tarde en un ejemplo que la Santísima Virgen era socorro de los afligidos y desconsolados, empezó toda bañada en lágrimas á hablar de esta suerte con Nuestra Señora Reina del cielo: «Virgen y Madre de Dios, Madre de toda misericordia, no me dejes sola y desamparada; bien sé que tienes cuidado de los hombres y que te dignas de llamarlos y tenerlos por hijos, y los regalas y amas más que sus mismos padres, pero si la que me crió viera lo que paso, no dudo sino que se hubiera compadecido de mí; tú, Madre mía, que puedes y vales más que cuantos padres hay, me dejarás estar en tanta tristeza? No socorrerás á una necesitada, desecharás la voz de la que se acoge á tu amparo? Si tú me desamparas, qué esperanza ó consuelo me queda, porque ni la vida humana se puede pasar sin miserias, ni estas sufrirse sin paciencia, ni la paciencia puede alcanzarse sin tu socorro. Demás de que el día pasado nos decía el Padre que no te olvidas de tus hijos y que te habías compadecido de muchos en sus dolores; por tanto, si tú conservas esta costumbre de ampararlos y á mí me desamparas, bien se sigue que no me cuentas en el número de ellos. Ten misericordia de mí, Madre Santísima, ten misericordia.» Prosigniera adelante en su oración la buena india si las lágrimas no le impidieran la voz. Pero luego miró hacia la puerta, y como por las junturas de ella entrase una luz como cuando sale el sol, se maravilla de que tan presto hubiese amanecido, hasta que oyó una voz de mujer que la llamaba por su nombre, imprimiendo con su sonido tal dulzura en su corazón, que singularmente la regalaba quitándole como de raíz todo el dolor y tristeza de que era combatida, y no pudiendo responder por la abundancia del gozo que había recibido, oyó otra vez que le decían: «ten, hija, buen ánimo, que no te he desamparado, persevera y vence la tristeza presente con la esperanza del gozo venidero. Yo haré que veas y conozcas que no pudo tener jamás tu madre tanta cuenta de ti como yo tengo.» Acabadas de decir estas palabras, se empezó á disminuir el resplandor, y ella con deseo de ver quién era la que con tan dulces palabras la había hablado, salió á toda prisa de su aposento y vió en el aire una luz que deshaciéndose poco á poco, se remató en una como varita y poco después desapareció de todo punto, dejándola tan llena de celestial alegría y tan olvidada de las antiguas tristezas, que ya no cabía en sí de la abundancia del gozo que había recibido y con que quedó remediada, según refirió á su confesor, la cual desatada en lágrimas de ternura y en ardientes y afectuosísimos sentimientos, dió bastante calificación de verdadero á este suceso. De cuya materia pudiéramos tejer una larga historia, si no nos llamaran otras que piden narración muy cumplida.

CAPITULO VI.

DEL SEMINARIO DE INDIOS DE SAN MARTÍN,
QUE FUNDÓ LA COMPAÑÍA EN EL PUEBLO DE TEPOTZOTLÁN.

Entre los muchos y gloriosos ministerios que para gloria de Dios y bien de las almas ejercita en Tepotzotlán el piadoso celo de los hijos de la Compañía y de que ha cogido prósperos frutos, no es el de menos importancia el cuidado de la educación y doctrina de los indiecitos que se crían en un Seminario que tiene fundado con título de San Martín, escuela de virtud de las tiernas plantas de esta nación. Fundó la Compañía Seminario, en los primeros años de su entrada á este pueblo, ayudando á obra tan piadosa y tan provechosa para el bien común, un indio principal, Gobernador vigilante, que lo fué muchos años en Tepotzotlán, celoso del aprovechamiento de su nación, modesto y ejemplar en su proceder y de todos respetado por su virtud, el cual dió de su hacienda algunas tierras, para que no faltando el sustento, se perpetuase tan útil obra, añadiendo que en tiempo de la gentilidad, sus mayores tenían en los principales pueblos, escuelas y casas comunes dedicadas para enseñar á los niños, y que desde los tiernos años aprendiesen las ceremonias gentílicas, y los ritos y supersticiones de sus idolatrías y vana adoración, y que así, era muy justo que fuesen más industriosos para su bien, que habían sido sus antepasados para su mal.

Empezóse la obra de este Seminario el año de 1584, y se dispuso una habitación competente, que después se fué adelantando y hoy se halla muy perfecta con mucha capacidad y distinción de oficinas, capilla y dormitorio curiosamente trazados, donde viven un Padre y un Hermano que lo gobiernan. En él se crían de cuarenta á cincuenta colegiales, muchos de ellos hijos de Caciques y de principales que quedaron de otomites y mexicanos antiguos, que aun de muchas leguas los suelen traer sus padres para que se críen en toda virtud y se enseñen á leer y escribir, canto y todo género de instrumentos músicos que pueden servir en fiestas eclesiásticas; en lo cual han salido tan diestros estos mozos, que las Iglesias Catedrales los han llamado, ofreciéndoles muy buenos partidos y salarios, para que sirvan en sus coros y capillas, en particular para tocar todo género de música, sacabuche, bajo, corneta y los demás; y otros muchos pueblos y Beneficiados han codiciado para Maestros de sus capillas á los cantores de Tepotzotlán; y no pocos de los que se han criado en este Seminario, han sido después Gobernadores de otros pueblos, y han mostrado algunos de estos mozos, en particular hijos de principales, tan buenas habilidades, que habiéndoseles leído la Gramática, pasaron á la ciudad de México y se perfeccionaron en la retórica y entraron á oír curso de Artes y alguno la sagrada Teología y cánones, haciendo aventajados progresos en ambas facultades, y con tan grande aprovechamiento en ellas, que se graduó en su célebre Universidad de México, hallándose á este acto y á otro de este género, muchos de lo más granado, y de la nobleza de la ciudad que, por serlo tanto, no se dignó de honrar á los naturales, aunque indios.

A uno de estos graduados, viéndole tan hábil y de buenas costumbres, quiso el señor Arzobispo de México, D. Francisco Manso, ordenarlo de Sacerdote (cosa muy rara en las Indias), y hoy tiene á cargo un beneficio curado en el Arzobispado, y á su primera Misa lo honró, siendo padrino el señor Arzobispo de Santo Domingo, Primado de las Indias, D. Diego de Guevara, siendo chantre y Gobernador del Arzobispado de México. A otro ordenó también de Sacerdote el señor Arzobispo D. Juan de Mañozca: verdad es que estas han sido dispensaciones raras concedidas á los indios naturales, á los cuales los señores Obispos se han abstenido de ordenar por ser todavía neófitos, y lo ordinario, no de la capacidad que pide el alto grado Sacerdotal. Por otra parte, habiendo tanta y tan noble clerecía y religiosos españoles aventajados en letras, Maestros antiguos en la fe católica, no ha habido ni hay necesidad para enseñarla, de valerse de los que es cosa conocida, ser tan inferiores en calidad como ésta de los indios, y más para ministerios tan altos como los del sagrado sacerdocio. Y las razones de dispensación, en los que tengo escritos, fueron porque en ellos concurren muy particulares circunstancias. Eran hijos de muy grandes Caciques; criáronse en mucha doctrina y en Seminario donde esa se practica; eran mozos de muy aventajadas habilidades, y sobre todo, porque siendo su lengua natural otomí tan dificultosa (como queda escrito), recibirían con mucho gusto los suyos la doctrina que recibieron y cada día oyen de los Sacerdotes españoles, y holgarían, ya que no siempre, alguna vez oirla y recibirla de los suyos. Y estas fueron las razones de dicha dispensación, de que nos dieron motivo para hablar los frutos del Seminario de San Martín, los cuales han sido muy señalados, y porque lo que habemos dicho, ha sido en materia de la capacidad y letras de algunos de los que en él se han criado, diremos ahora uno ú otro ejemplo en materia de virtud muy singular que en ellos ha resplandecido.

En el año de 1595 se criaba en este Seminario un niño de 12 ó 13 años, hijo del Gobernador de Chiapas y nieto del Rey que había sido de aquella Provincia. Tenía tanta composición y modestia, que le llamaban comunmente el indio santo, y de propósito se buscaba ocasión para poderle reprender y castigar para ejemplo de los demás, y nunca se pudo hallar ni se advirtió en él travesura como en los de su edad, antes mostraba en la gravedad y serenidad del rostro la nobleza de su linaje. Finalmente, era muy devoto y tan vergonzoso, que hablando con algunos de los nuestros se le ponía el rostro como una ascua sin atreverse á levantar los ojos del suelo; cayó enfermo, y en ocho días que duró su enfermedad se confesó cinco veces, y preguntándole si deseaba morir respondía que sí, por no ofender más á Dios en esta vida. Apretóle la enfermedad, y antes de expirar, pidió el rosario, el de su uso, y dijo tres veces, Jesús, para ganar las indulgencias de una cuenta bendita que tenía, y tomando un crucifijo en las manos, se despidió de él con muy tiernas palabras, y así dió el alma á su Criador como un ángel. Afirmó una persona á quien por su verdad y sencillez se debía dar crédito, que aquella misma noche que el niño murió (que fué á la una) le vió entrar á su cámara vestido de brocado y muy hermoso, y ella preguntó con admiración qué traje era aquel y á qué venía, y cómo había sanado tan presto, á lo cual él respondió: «verdad es que estuve enfermo, pero ya estoy bueno y sano y

me voy al cielo, á mis padres hé lástima y á los demás que acá quedan,» y con esto desapareció y se fué al cielo. Viendo también algunos españoles de la comarca que viven entre indios la virtud con que en este Seminario se crían los indiecitos, han enviado sus hijos á que aquí sean enseñados con ellos. Estando, pues, un españolito de estos en este mismo Colegio, casi de la misma edad que el pasado y (lo que en esa edad es más raro), tan penitente que se solía levantar á la media noche, y cuando sus compañeros dormían, á hacer disciplina; cayendo enfermo, dijo un día antes que muriese á uno de los nuestros, que había visto una persona vestida de blanco, que le había dicho moriría á las tres de la noche siguiente, y sucedió así puntualmente, y se juzgó que el santo ángel de su guarda le hiciese este favor, porque según era su mucha simplicidad y devoción, bien se puede creer recibió en vida este regalo, y en la muerte los gozos del cielo. Y dejamos por brevedad otros casos y ejemplos que pudiéramos traer, en confirmación del mucho servicio que se hace á la divina Majestad y hoy persevera de la crianza en devoción y virtud de esta juventud, en el Seminario de San Martín y en el partido de Tepotzotlán, que está á cargo de la Compañía.

CAPITULO VII.

DEL APOSTÓLICO MINISTERIO

DE LAS MISIONES EN QUE LOS PADRES LENGUAS DE TEPOTZOTLÁN

SE HAN EJERCITADO

POR VARIOS BENEFICIOS Y PUEBLOS DE INDIOS.

Habiendo hecho relación de los ministerios y frutos de los domésticos que se han cogido en este puesto y partido de Tepotzotlán, debo también escribir y manifestar, para gloria de Dios Nuestro Señor, los otros maravillosos efectos que con la gracia divina han resultado en otras partes por haber hecho asiento la Compañía en este puesto. Porque no solamente en Tepotzotlán y su partido han hecho mucho fruto, y tenido buen logro de sus ministerios los operarios de este Colegio, sino en otros pueblos y beneficios distantes adonde han llevado la luz de la doctrina evangélica, con las continuas Misiones que á ellos han hecho, con tanto aprovechamiento de las almas y satisfacción de sus curas, como en este capítulo se verá.

Estaban á los principios algunas poblaciones de los indios tan derramadas en sus Provincias y ellos tan apartados entre sí del trato y comunicación política de hombres, que más parecían salvajes de los campos que cristianos en las costumbres, ni aun hombres dotados de entendimiento y discurso, tan olvidados de Dios y de su eterna salud que ni de recibir los sacramentos cuidaban, ni les era posible á los curas administrárselos por la mucha distancia que desde la cabeza del partido había á sus pueblecillos y rancherías. Viendo tan lastimosa pérdida de las almas los Padres de este Reino, tan deseosos y atentos de su bien como vigilantes en el celo, entre otros medios que para atajar tan grave daño, les parecieron convenientes, uno fué que para

la reducción de una Provincia grande y muy esparcida en pueblos, llamada Huayacocotla, saliesen en Misión dos Padres Lenguas del Colegio de Tepotzotlán á esta empresa, de que resultaría al Reino mucho bien y á Dios Nuestro Señor muy grande gloria. Acudióse á petición tan justa destinando dos sujetos en aquella lengua eminentes, los cuales, luego que llegaron á la Provincia, aunque con fervorosas ansias y encendidos deseos de ayudar á los indios, se les ofrecieron no pocas dificultades que vencer y en ello materia de muy altos merecimientos, porque los pueblecillos en que estaban repartidos los indios eran cincuenta, y cada uno tan bien hallado en su casilla y rincón, que parecía casi imposible persuadirles se juntasen á vivir en poblaciones grandes. Pero después de mucha diligencia y trabajo, y de haber rodeado con no pocas incomodidades la Provincia por un camino tan áspero que no se podía en partes ir á caballo, redujeron todos los cincuenta pueblos (que tenían á cargo sólo dos clérigos) á cuatro, juntando en dos de ellos á seiscientos vecinos, en otro cuatrocientos y en otro ochocientos, haciendo añadir otro Sacerdote á los dos que los administraban, con que quedaron aquellos indios remediados y prevenido para en adelante su daño. Era lástima grande ver á esta pobre gente cuando los Padres allí fueron, porque ni oían sermones ni doctrina sino rarísimas veces, pereciendo los adultos sin confesión y los niños sin bautismo, y viviendo con tanta libertad y licencia, que sólo reinaban vicios y malas costumbres de embriagueces, deshonestidades, adulterios, idolatrías y vejaciones con que los principales oprimían á los menores y desvalidos, por no haber quien les fuese á la mano, y finalmente, vivían sin ley, como rebaño sin pastor que los gobernase. Los Padres que continuamente trabajaron en este campo que el Señor les había encomendado, le cultivaron con tal diligencia, que en vez de las espinas pasadas, daba flores hermosísimas de virtudes de cristiandad. Porque aprendieron todos en breves días la doctrina cristiana que ignoraban; las Iglesias, que por el poco concurso á ellas estaban sin aliño y curiosidad, se veían ya muy compuestas y aseadas, y tan frecuentadas, que con ser muy capaces, al amanecer no cabía ya en ellas la gente que iba á rezar las oraciones y el rosario de Nuestra Señora, cuya devoción les encomendaron y engrandecieron los Padres. Finalmente, procuraron renovar sus costumbres con nueva vida, confesando casi todos generalmente y disponiéndose para el sacrosanto sacramento de la Eucaristía, con tanta devoción y lágrimas de arrepentimiento y dolor, que no podían verlo los Padres Sacerdotes sin ternura, ni lo acababan de ponderar otros españoles sin admiración, alabando al Señor, que de piedras sabe hacer hijos de Abraham, y de aquellos bárbaros indios unos piadosos cristianos tan fervorosos, que acabado el sermón que los Padres les hacían, casi los más se disciplinaban, pidiendo perdón á Dios de las ofensas que contra su Majestad habían cometido. Gozosos con esta cosecha espiritual se despidieron de los pueblos los Padres, y los indios con humilde rendimiento de gracias por haberlos congregado y dispuesto para oír la palabra divina, y tratar del bien de sus almas, les pidieron su bendición y que se acordasen de visitarlos á menudo y promoverlos en la virtud, con lo cual se remató esta Misión, habiendo cumplido los Padres con lo que pretendían, y dejando á otros que regasen aquella planta para que se fuesen sazonando sus frutos. Lo que ha resultado

de las Misiones que de este pueblo de Tepotzotlán han hecho los de la Compañía, es ser tanta la afición que los indios les han cobrado, que de muchos pueblos y diversos partidos de la comarca se han venido y vienen no pocas veces á confesar á Tepotzotlán atropellando no pocas incomodidades y significando con afectuosas palabras el deseo de verlos en sus pueblos y el consuelo que reciben en venir á Tepotzotlán á gozar de la doctrina de la Compañía, é instándonos vayamos á los suyos para que participen todos de nuestra enseñanza, de que pudiéramos referir muchos casos, y por ejemplar escribiremos el siguiente:

Un indio de los principales de un pueblo, devoto y de buen caudal, había hecho muy curiosas imágenes, cálices y ornamentos para la Iglesia, y estaba labrando á toda priesa una casa. Acertó á pasar por allí uno de los Misioneros de este Colegio, y habiéndole salido al camino con el más cortés y solemne recibimiento, le rogó se apease y descansase un rato en su Iglesia, y condescendiendo el Padre á su petición y agradeciéndole su voluntad, entró en la Iglesia y alabóles el adorno y aliño de sus alhajas y compostura de sus altares. Entonces presentes todos los indios del pueblo y un español, en voz alta que lo oyeron todos, dijo el principal: «Padre, ya ves que estas imágenes y ornamentos que tanto alabas no eran necesarios para este rinconcillo, ni esta casa que con tanta solicitud voy labrando, era necesaria para un Sacerdote que cada quince ó veinte días nos suele visitar. Esto hago, porque espero en Nuestro Señor que la bendición y misericordia que á los de Tepotzotlán concedió, ha de venir también sobre nosotros, dignándonos de asistir entre esta pobreza, premiando con vuestra presencia nuestro cuidado y los deseos que de veros aquí tenemos; por eso me doy priesa, porque quisiera conseguir antes que me muera este intento, y dígolo delante de estos tus hijos, porque para eso lo he juntado, y para que si Dios me llevare antes de verlo, ellos lo procuren, acaben y lleven adelante, y te pedimos todos por merced nos ayudes á rogar á los Padres quieran aceptar esta ofrenda y recibir nuestra voluntad.» Respondióles el Padre con gran cariño y amorosas palabras, y haciéndoles una breve plática los dejó alegres y consolados. Argumento bastante es este caso y otros que dejo, del amor encendido que los indios han tenido á la Compañía, y de las ansias en que á los principios ardían por llevarnos á habitar de asiento en sus pueblos, donde tan fructuoso ha sido el trabajo de nuestros operarios, que con blandura y buenas razones han vencido los corazones más duros y conseguido lo que los curas no habían podido en largo tiempo y con violencia corregir, como se verá por el caso que se sigue. Entraron una vez en cierto pueblo los nuestros, y el Beneficiado con la experiencia que tenía de sus feligreses, les desahució del fruto de sus trabajos, diciéndoles que aquella tierra no era á propósito para la semilla del cielo, por ser toda gente indómita y de dura cerviz, que ni se ablandaban con la razón ni se sujetaban con amenazas, y que de mil quinientos que eran los indios, apenas se juntaban los domingos en la Iglesia cuarenta. No desmayó con semejantes palabras el ánimo del fervoroso Ministro, antes encendido en celo de la gloria de Dios y del bien de aquellas ciegas almas, cobró mayores fuerzas y pidió misericordia al Señor para alumbrar sus tinieblas y convertirlos á buena vida. Comenzó á predicarles con el espíritu de Dios que ardía

en su pecho, y los ganó poco á poco con su eficacia tan diestramente, que no sólo los domingos, sino los otros días de la semana, se llenaba la Iglesia de gente á oír la palabra divina que los tenía ganados, para aprender la doctrina cristiana en su lengua, con otros piadosos ejercicios con que el celoso Ministro procuraba conservarlos en devoción, alentándolos á salir de la sombra de la muerte y volverse á Cristo Nuestro Señor, que es verdadera luz que en esta ocasión esparció con mucha fuerza sus rayos, haciendo conocer á esta pobre gente los errores de su vida para enmendarse y abrazar con tan firme resolución el camino de su salvación, que quedó su Beneficiado admirado del poder del brazo de Dios, que obraba en tal gente efectos tan maravillosos. Y prueba fué de esta mudanza, que habiendo enriquecido un indio principal con el sudor de los pobres macehuales (así llaman á los indios que les sirven) sin haberles jamás dado paga de su trabajo, se determinó de restituir enteramente lo que debía, que hecho el cómputo era más de la mitad de su hacienda, y yéndose al Alcalde mayor con una humildad y confusión profunda, le dijo: que él, como mal cristiano, había usurpado el sudor ajeno, que mandase llamar á todos los indios injustamente agraviados; y allí, luego convocados, satisfizo y enteró la paga de sus deudas dejando al Alcalde mayor, que después lo publicó y contó, sumamente edificado con acción tan heroica. Y remataremos este capítulo con otro caso digno de memoria y que muestra la fuerza de la divina predestinación, y cómo Dios ofrece los medios proporcionados para salvar á los que desde su eternidad eligió. Pasaba un Padre por un pueblo que era visita de religiosos, y salióle al camino un indio rogándole se llegase á su casa, que un tío suyo estaba muy malo, y le llamaba á gran priesa y con muchas ansias; fué luego, deseoso del consuelo de esta alma, y entrando en el aposento del enfermo, se levantó él como pudo, y por largo espacio de tiempo, deshecho todo en lágrimas y sollozos sin poder reprimirlas ni irse á la mano, dió tiernísimos abrazos al Padre por cuyo medio había de negociar la salvación de su alma, de que tan lejos estaba; sosególe al fin y acomodóle en su camilla el Padre, al cual preguntó el indio si le conocía, y respondiendo que no; añadió: «pues yo sí te conozco muy bien, Padre, y veo claramente que el Señor me quiere salvar, pues ordenó que en esta coyuntura y tan á sazón pasases por mi pueblo, que de otra manera me condenara y me fuera sin remedio al infierno.» Exhortóle entonces al agradecimiento de tan singular beneficio, y animóle á que no se anegara en el abismo de sus pecados ni desconfiara de alcanzar perdón de ellos por enormes que fuesen. Con esto, descubrió su pecho el pobre indio y declaró su enfermedad al médico del alma diciéndole que no estaba bautizado. Admiróse el Ministro con este dicho, viendo á un indio en la edad anciana muy principal entre los de su pueblo, tan hábil y tan maduro en el juicio, que le pareció que no había conocido indio de mejores talentos y partes naturales desde que trataba con indios, y preguntándole cómo era posible que no estuviese bautizado siendo criado entre cristianos y con buena doctrina y educación, respondió: que su padre y su madre habían vivido y muerto gentiles con las supersticiones y ritos de sus mayores, y que en el año de 1590, en que aún había indios de los que conocieron al gran Cortés que conquistó este Reino, á él le habían escondido porque no fuese bautizado y no siguiese la ley verdadera

de los cristianos, y añadió: que aunque siendo mozo, había ofrecido sacrificios y dado culto á sus falsos dioses, después, alumbrado con la luz de la razón, había conocido la locura y vanidad de su secta, si bien á ningún Sacerdote había querido manifestarlo ni lo había de declarar aunque le cogiera la muerte en aquel estado, si no le hubiera traído el señor la ocasión presente que en las manos tenía, porque habiendo oído predicar al mismo Padre una vez, había determinado de abrirle su conciencia y darle cuenta de su mal estado, y añadió más: que había confesado muchas veces y hecho las demás ceremonias de los cristianos sin ser bautizado, pero entre tan graves delitos, le quedaba sólo un consuelo, que nunca se había atrevido á recibir el Santísimo Sacramento ni á perder la reverencia debida á tan gran Señor; últimamente dijo: que aquel secreto había fiado solamente de su sobrino que salió á llamar al Padre, porque si acaso él no quisiese venir le dijese el peligro y necesidad en que se hallaba. Consolóle después de su razonamiento el Padre, dispúsole y dióle el bautismo que recibió hecho un mar de lágrimas, y hablando tan dulce y tiernamente con Dios, que ni el sobrino ni el Padre podían detener las que de sus ojos corrían. Recibió después de mano de los religiosos sus curas, los sacramentos del Viático y Extremaunción, y viéndole hacer dulcísimos coloquios y fervorosos actos de contrición, dieron gracias al Padre de las misericordias que tan encendido espíritu comunicaba á aquel indio, y así murió con prendas de su eterna salud y de haber conseguido la corona inmortal de los predestinados. Y por resulta de estas Misiones, y para que se vea lo que deseaban y agradecían los Beneficiados la ayuda de los Misioneros de la Compañía en sus partidos, y cómo reconocían por singular favor el tener tan fervorosos coadjutores para el provecho espiritual de sus ovejas, copiaré un capítulo de carta que al P. Diego de Torres, insigne operario en la lengua y partido de Tepotzotlán, escribió el año de 1594 un Beneficiado que á la sazón lo era de San Juan del Río, la cual (dejando encarecimientos extraordinarios que no se pueden referir sin confusión nuestra) dice en esta forma: «Mi Padre: todos los indios se han congregado y pedídomes de rodillas que no llame á otro que me ayude á confesarlos en su lengua sino á vuestra reverencia, y todos ellos á una voz, dicen: que vuestra reverencia ha sido causa de que conozcan á Nuestro Señor, y así, Padre y señor mío, que no tengo merecimientos dignos para suplicarle me haga esta merced de venir esta Cuaresma los días que gustare; mas de rodillas, y por reverencia del bendito nombre de Jesús, que vuestra reverencia tanto profesa amar y querer se lo pido y suplico, y pues tiene tanta sed de la salvación y bien de las almas, ayude á estas que con tantas ansias desean su doctrina y por amor de Nuestro Señor, vuestra reverencia use de esta misericordia para con estos pobrecillos, que yo y ellos le serviremos y regalaremos de rodillas, aunque no conforme á nuestro deseo y á sus grandes merecimientos, cuya respuesta aguardamos con la venida de vuestra reverencia, etc.» Con estas y otras encarecidas razones han significado este y otros Beneficiados y párrocos, el alivio que los Misioneros de Tepotzotlán les han llevado á sus partidos, y el colmadísimo fruto y provecho que se ha seguido á sus pueblos, y la afición y reconocimiento con que han quedado los indios para con la Compañía.